

RECUERDO

de la
solemne inauguración
de la
Lápida Conmemorativa
en honor del

Ilmo. y Rmo. Sr. Vicario Apostólico
de Méndez y Gualaquiza,

Mons. Santiago Costamagna

colocada en el frontis del Santuario

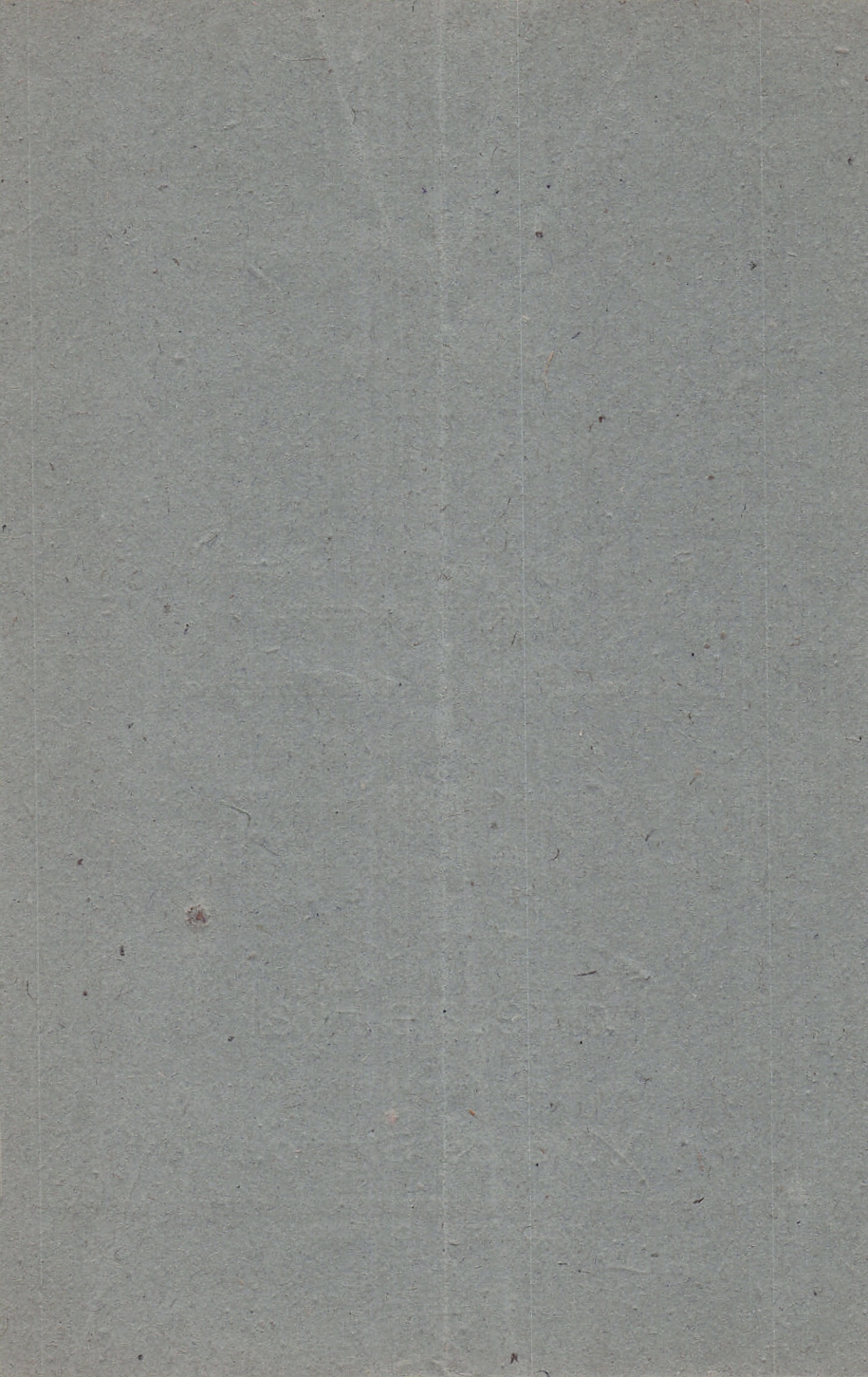
"María Auxiliadora"

en el segundo aniversario de su muerte, 9 de Setiembre de 1923.

Homenaje Filial

de la católica y agradecida

Villa de Sígsig.



RECUERDO

de la
solemne inauguración
de la
Lápida Conmemorativa
en honor del

Ilmo. y Rmo. Sr. Vicario Apostólico
de Méndez y Gualaquiza,

Mons. Santiago Costamagna

colocada en el frontis del Santuario

“María Auxiliadora”

en el segundo aniversario de su muerte, 9 de Setiembre de 1923.



Homenaje Filial

de la católica y agradecida

Villa de Sígsig.

A manera de crónica y prefacio

"El justo vivirá eternamente en la memoria de los pueblos".

He aquí las palabras escriturales que afluyen con espontaneidad a los puntos de nuestra pluma al presentar este folleto recordatorio que ofrecemos a los amigos y bienhechores de la magna Obra Salesiana.

No son para descritas la magnitud y grandiosidad que alcanzó el homenaje sigseño tributado al recuerdo del inolvidable y querido por todos Sr. Santiago Costamagna, el día once de Setiembre.

Pontificó en las honras fúnebres el Ilmo. y Rvmo. Sr. Domingo Comín, actual y celoso Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, acompañado por selecto grupo de Sacerdotes misioneros, por el Rdo. Vicario Foráneo y dignísimo Cura Párroco de Sígsg, Dr. Manuel Clodoveo Vázquez, el Rector del Santuario, Rdo. P. Félix Bolla, y el joven Seminarista Sr. Augusto Samaniego.

El altar, rigurosamente enlutado, las pomposas ceremonias episcopales, las artísticas coronas y guirnaldas, el canto ejecutado por un nutrido coro de Maestros, subyugaban el espíritu transportándole a las

regiones de ultratumba en alas de los graves y alentadores sentimientos religiosos. Y en medio del templo, el nuevo y suntuoso catafalco, de color marmóreo, con su bien combinado juego de cortinas y circuido por celestes mensajeros alados en actitud deprecatoria, se erguía como una gigante manifestación de duelo y fervorosa protesta de fe incommovible a las verdades recordadas en el solemne Dies irae.

Las autoridades, el pueblo, la campaña, tuvieron selecta representación en aquella inusitada e imponentísima ceremonia.....

Terminado el Oficio divino, la numerosa concurrencia se congregó en la plaza que se extiende frente al Santuario.

La gallarda torre del templo lucía banderas patrias, pontificias e italianas.

Al descubrirse la primorosa lápida resonaron frenéticos aplausos, y los sagrados bronce rompieron en alegres repiques celebrando la dulce mirada del Apóstol que desde su alto solio sonreía a su predilecto y mil veces bendecido pueblo.

Presentó la lápida, ofrecida en primer término y costeada por los obreros sigseños, el Rdo. P. Félix Bolla, con inspirado y entusiasta discurso.

Le siguieron en el uso de la palabra, leyendo elocuentes y muy sentidos elogios, el Rdo. Sr. Vicario Foráneo Dr. Manuel Clodoveo Vázquez, el dignísimo Jefe Político Dr. Augusto Tamariz, y el apreciado y distinguido Dr. Adolfo Corral.

Por último, agradeció el homenaje en nombre de su esclarecido y llorado Predecesor y de todos los Salesianos, el Ilmo. y Rmo. Sr. Domingo Comín, con frases nutridas de elocuencia y celo apostólico.

Es de advertir que a los primeros acentos festivos de las campanas, un sol esplendoroso disipó los nubarrones que enlutaban el cielo, despertando una sin-

III

fonía de claridades y colores sobre el gracioso panorama sigseño.

Hubo, pues, luto en el firmamento, como en el Santuario y en los corazones; y de luces y armonías pobláronse también los cielos, las almas, el templo y el paisaje en aquella mañana primaveral que repetía en todos los ecos el nombre glorioso de Mons. Costamagna.



Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Titular de Colonia y Vicario
Apostólico de Méndez y Gualaquiza,
Mons. Santiago Costamagna,
de venerada e imperecedera memoria.

Presentación de la lápida conmemorativa

Discurso del Rdo. P. Félix Bolla, uruguayo,
Rector del Santuario de María Auxiliadora en
Sígsig.

Resurget frater tuus.

Resucitará tu hermano.

Ilmo. y Rvmo. Sr. Vicario de Méndez y Gualaquiza,
Mons. Domingo Comin: Dignísimo y Rdo. Sr. Vicario Foráneo:
Rdos. PP. Misioneros: Beneméritas Hijas de María Auxiliadora:
Distinguidos Dignatarios de Sígsig: Honorable Junta Promotora
de Colonización de Gualaquiza: Queridos Cooperadores Salesianos:
Muy estimados Obreros: Señoras y Señores:

Hemos escuchado en el templo unas palabras confortado-
ras, luminosas como el amanecer; palabras que animan la
severa liturgia funeraria como la resurrección que lucha con
el hielo y las lobregeces del sepulcro: «Ego sum resurrec-
tio et vita». «Yo soy la resurrección y la vida». «El que
cree en mí aun cuando haya muerto vivirá». Nos hemos des-
pedido de las honras fúnebres llevando en el alma el pen-
samiento consolador que no acertara a comprender la piado-

sa hermana de Lázaro: «Resurget frater tuus».

Las enlutadas exequias fueron un túnel tenebroso lleno de claridades eternas, por un camino que pronto deberemos seguir definitivamente con el equipaje de nuestras obras. Y desviándonos de aquel trayecto, salimos al aire libre, a plena luz del día, de estos días encantadores de Sígsg.

Sonríen los cielos derramando fulgores; entonan las montañas un himno de esperanza con su lozano verdor; la torre del Santuario, sintiendo estremecimientos de inefable dicha, ha ordenado a las campanas que truequen los dobles quejumbrosos por acentos festivos. Nos inunda la luz, en nuestros corazones ha hundido su acicate el optimismo, nos apremia la vida, una vida intensa y exuberante.

Hablemos, pues, de la vida, pasando reverentes y condolidos por el pensamiento de la muerte que guarda nuestras queridas e inolvidables tumbas.....

El animoso batallador Judas Macabeo, héroe de su religión y de su patria, después de memorable combate realizó una colecta para ofrecer un sacrificio por las almas de los que gloriosamente habían sucumbido. Y dice la Sagrada Escritura que el guerrero Judas creía firmemente en la resurrección de los muertos y en la vida perenne de ultratumba; porque, de lo contrario, hubiera sido vano y superfluo aquel solemne holocausto en favor de los caídos.

Hoy se ha congregado el católico y progresista pueblo de Sígsg ante el acatamiento del Dios eucarístico para ofrecer, por el alma del que fué su amante Padre, Apóstol incansable y predilecto Amigo, el holocausto divino, de adorado precio: Sígsg, como el esforzado Jefe y toda su legión macabea, cree sin reticencias en la futura resurrección de los mortales despojos que bajo la cruz aguardan su hora solemne y perpetua; cree fundadamente que el alma del Padre y Amigo inolvidable vive en el día sin ocaso de la eternidad, que aletea encendiendo rayos de esperanza y fortaleza cristianas en medio del luto riguroso del Santuario y de los corazones.

Pero la religiosa y agradecida Villa de Sígsg tiene otra dulce convicción, arraigada, inmovible: cree tam-

bién en la resurrección y vida temporal y terrena del Ilmo. y llorado Sr. Costamagna, por medio de su obra evangélica y social, por medio del recuerdo, de la gratitud y el amor jamás desmentidos.

De lo contrario, pudiérase repetir con el libro santo, fuera vano, inútil y superfluo el segundo homenaje sigseño, la hermosa y artística lápida conmemorativa que desde la torre, como desde avizora atalaya, difundirá a los cuatro vientos el nombre bendecido de Mons. con la firmeza perdurable del mármol y con la elocuencia invicta del amor cristiano y patriótico.

Al conjuro de esa voz amiga, cual al llamado de celestial centinela, contestarán en el pueblo, en los montes que ahora nos escuchan con soberano silencio, en las hondanadas y amenos valles, en todos los anexos del Cantón, responderán las dulces y gratas memorias en himno de reconocimiento y vasallaje: «Alerta estamos, Mons.; vivimos, nos movemos y somos en el foco luminoso, en la plenitud sonora de tus remembranzas y filial cariño»...

He dicho mal, señores. Se cree lo que no se conoce con la percepción de los sentidos o no alcanza la visión y el examen de la inteligencia. Vosotros no creéis ya en la resurrección y vida, también terrena, del querido Mons. Costamagna, porque las estáis viendo, las sentís....las sentimos, palpamos y comprendemos hondamente.

He quedado sobremanera y gratamente sorprendido al encontrar en mi nueva morada el registro de los cooperadores salesianos y la crónica de Santuario de Sígseg, escritos de puño y letra del Ilmo. Sr. Costamagna. ¡Cuánto celo, qué profundo apostolado e intenso amor al Venerable Padre Bosco y a su benemérita Congregación evocan esos trazos menudos, nerviosos y prolijos! Cada renglón se me antoja un surco de labor honda en pro de las Misiones y de las almas, me parece un jirón de luz que presta guía segura a los que regentan el Santuario y atienden a los buenos cooperadores, tan predilectos de su corazón paterno.

Vive aún el queridísimo Prelado en el templo de María Auxiliadora por el recuerdo de su intensa piedad, de su devoción acendrada y vehemente a la santa Eucaristía.

Perdura en el sagrado recinto, como en el santuario de las almas, el eco de su predicación incansable y saturada siempre en el aroma celeste de la divina Escritura.

Desde aquel cuartucho humilde le escribía el abnegado obispo al entonces Rdo. P. Inspector Domingo Comin: «Aquí nos tiene, comiendo ensaladita con poco vinagre y sin aceite». El mismo dirigió las obras de ampliación en aquel tramo de fábrica.

Los muros que ciñen la fachada del Santuario lo recuerdan elocuentemente: vuestros labios, señores, me lo han repetido: muchos de vosotros vieron al activo Pastor encorvado sobre estas paredes, amontonando piedras sobre piedras, o conduciendo, con paso firme y porte altivo, interminables cargas de lodo y de ladrillos, como un humilde y sufrido obrero.

Habéis sentido la prolongada vida de Mons. Costamagna y los frutos maduros de su apostolado en el benemérito sacerdote que ayer os dejó con grande sentimiento de su alma y con no menor amargura de vuestros corazones, el Rdo. P. Florencio Sáez, mi cariñoso hermano y amigo, alto admirador, entusiasta panegirista y aprovechado discípulo del fenecido Mons., inspirado en la escuela de sus virtudes y de su mismo celo ardoroso. Aquí deja también él imperecederas huellas de su paso.

Palpita lozana y vigorosa, pletórica de juveniles ardimientos, la vida del extinto Vicario, en el corazón grande.... corazón sigseño iba a decir.... del digno sucesor, Ilmo. y Rmo. Sr. Domingo Comin, feliz heredero de las enmarañadas, escabrosas, reacias, e irreductibles selvas jíbaras; rico heredero del espíritu apostólico y del abnegado patriotismo de aquel magnánimo y llorado adalid de las misiones orientales.

Hay más, señoras; mucho más. Permanece también entre vosotros su fecunda y sabia labor educadora, regeneradora de los corazones y de los hogares que pueblan vuestra laboriosa villa y activísima campaña.

Los principios religiosos, la moral cristiana, son imprescindibles en la sociedad; constituyen el fundamento seguro, la piedra angular y el nervio poderoso en la formación

de pueblos y naciones; sin ellos no hay progreso verdadero ni puede concebirse felicidad íntima y perdurable.

Ahí está Rusia, macilenta, cadavérica, desgarrada, envuelta en caos tenebroso y horripilante, predicándonos muy alto las aberraciones en que se abisma un pueblo sin Dios ni Religión, un pueblo a quien sus mandatarios tornan perjurio, anárquico y asesino de prelados y sacerdotes católicos.

Europa entera, abriéndose camino en el espacio entre nubes de humo y sangre de funestos combates, levanta sus llorosas miradas al cielo y descubre en las alturas, como única esperanza de rehabilitación y próspera concordia universal, la cruz del Calvario, la cruz de Constantino, emblema de la Religión cristiana.

Conocemos los tres célebres proyectos de aquel alto y cuerdo personaje político a favor de la cultura y felicidad de un pueblo: en primer lugar, enviarle misioneros; segundo, enviarle misioneros; y después, enviarle misioneros.

Teniendo en cuenta los valiosos e irrecusables documentos citados se pueden avalorar justicieramente los méritos sublimes, la resonante obra social y regeneradora del Ilmo. Sr. Santiago Costamagna en Sígsig.

Tres años de vida intensa y abnegada; tres años llenos de privaciones sin número, y de sacrificios heroicos, realizados con la más austera humildad y en el más recóndito silencio. Pasó derramando luces, bálsamo, consuelos espirituales, paternas amonestaciones, que, apoyadas en su autoridad episcopal y esclarecida virtud, enderezaban extraviadas andanzas, fortalecían al débil e indeciso, consolidaban las buenas costumbres, contribuyendo eficazmente al orden, al progreso y a la disciplina sociales.

En aras de esta empresa gigante inmoló sus mejores bríos y las dotes de su preclaro ingenio.

Mons. Costamagna fincó su más pura gloria y alto orgullo en ser hijo del Vble. Don Bosco, su venerado Padre y Maestro, en llamarse misionero salesiano y misionero del Ecuador.

El águila caudal y soñadora, aprisionada tres años entre las montañas de Sígsig, tenía polluelos adoptivos—permítidme la expresión—polluelos predilectos: eran los jíbaros, los

errantes salvajes de la floresta, cuyo piar han sido constantemente rugidos de recelo o de obstinado encono, gritos de contienda, o cuando mucho, clamores indefinidos, mezcla de plegaria religiosa y de burla sarcástica, hija de su feroz paganismo: tétrico piar que se confunde, en el mismo nido de Méndez y Gualaquiza, con la oración y solicitud afanosa de los Padres misioneros: la cruz en consorcio y lucha porfiada con la superstición irreducible.

Pues bien, el virtuoso Vicario Apostólico no solamente atendía en persona las ingratas Misiones con paciencia ilimitada y heroico denuedo; el águila remontaba su vuelo airoso, arrostrando peligros sin cuento, en busca de abrigo, en demanda de luz, doctrina y civilización para su helado y tenebroso nido, cueva de errores y vicios degradantes.

Chile, Perú, La Argentina, el Uruguay, son testigos de su ardiente celo y admirable patriotismo.

Tuve el gratísimo placer de verle y oírle allá en la lejana Montevideo, hermosa capital de mi patria idolatrada. El Ilustre Prelado nos hablaba del Ecuador, de sus riquezas y progreso, con la inspirada elocuencia de un místico vidente: se enardecía su verbo majestuoso y persuasivo al relatar las empresas titánicas y vicisitudes misioneras; peroraba con inusitado calor y exquisitos sentimientos paternos la causa de los pobres indios. Olvidando las inconsideradas repulsas de un gobierno sectario, que le hirieran en la mitad del alma, tributaba elogios a este querido país, a su hospitalidad, a su hondo catolicismo, a su devoción sin rival al divino Corazón de Jesús. Quien no hubiese conocido entonces a Mons. Costamagna lo juzgara, ecuatoriano, y de los más fervorosos patriotas.

Recuerdo que después de una conferencia sobre las Misiones Orientales formulé en mi corazón este propósito que sin duda os hará reír: "Si acaso voy al Ecuador y penetro en las selvas jíbaras, al primer indio que tope lo besaré en la frente, en nombre de mi tierra donde vagara un tiempo la indomable tribu charrúa, en nombre de la Religión que nos hermana"; y en nombre vuestro, señores, agrego ahora de vosotros, los más interesados en la cultura de aquellos an

tros salvajes....

El infatigable Apóstol se remontaba asimismo, y desde aquí, desde Sigsig, con inspirado vuelo hasta las regiones encantadas y soñadoras del arte musical; y subió también al sacro monte de las musas. Pero fué allá buscando alimento y luz para sus desdichados polluelos. Aparte del fin supremo, religioso, que animaba sus obras, acrisoladas en divino fuego eucarístico, el producto pecuario de todas sus composiciones literarias y musicales debía ser escrupulosa y exclusivamente para las misiones del Ecuador.

¿No es esto, señores, encender luminares recordadores e inextinguibles en torno de su propia tumba, y amontonar vida, mucha vida sobre los despojos fríos de la muerte?

¿No será todo esto altruismo, que dicen; no será filantropía, si os agrada el término; no se llama todo esto caridad cristiana, obra eminentemente social y patriótica, inspirada en la cruz, y digna de recuerdo y reconocimiento nacionales impercederos?....

Bien está, señores, que pródigamente se abra el suelo ecuatoriano en las canteras de Cuenca para brindar ese trozo marmóreo, fuerte y duradero como los vínculos de cariño y recuerdo leales; que un inteligente artista patriota lo desbroce y burile, grabando indeleblemente la imagen del Padre, del Apóstol misionero, del experto Educador y bondadoso Amigo; bien está que fleteros de Sigsig se conceptúen honrados y dichosos trayendo sobre sus hombros en un día largo de camino tan preciosa carga; que el pueblo sigseño pague la primorosa lápida.

Pero esa obra artística aun no vivía, era inerte, estaba yerta, fría y muda: semejava un templo inconsagrado, un altar sin piedra, sin holocausto ni bendiciones. Era menester ungir la con el óleo del afecto, del aura popular, con la unción sacrosanta de este plebiscito que recuerda a la antigua Atenas reunida en sus magnas y tradicionales deliberaciones ciudadanas.

Los fulgores de vuestras pupilas, la explosión de vuestro cariño filial han recorrido las duras vetas del bloque, como sangre que anima las arterias; el mármol recuerda el acicate del buril y despierta, entonando salmos a la

vida y al trabajo:—a la vida que hierve en ese hermoso cielo y cunde por las montañas; al trabajo, bullicioso de vuestras tiendas y talleres, y al trabajo de vuestros hogares sombrereros, calmo y suave como el murmullo de la brisa entre las hojas;—esos labios se fruncen apretadamente como para contener el ímpetu de un carácter fogoso que amonesta oportuna e importunamente, y la palabra se ahoga y dulcifica en un mar apacible de sonrisa que brota del corazón vencido y se difunde sobre el rostro, prolongando aún más los labios, surcando las mejillas; ilumínase la ancha frente y deja adivinar un pensamiento dominante, avasallador, formulado con vuestro recuerdo, con vuestros nombres; los ojos se entreabren y fulgura en ellos nuevamente aquella luz del cielo itálico que se extinguió bajo sus párpados muertos: esos ojos no se acaban de abrir: condénsase toda la vista en las pupilas, como taladro que se aguza para penetrar las almas.—En ellas nos mira, señores; a nuestras almas se dirige su paterno saludo. Desde lo íntimo del alma suban también nuestras sentidas y filiales aclamaciones.

Contemplad, Mons., al pueblo congregado ante vuestra presencia como cuando os recibía sonriente y cariñoso, al retorno de vuestras evangélicas excursiones.

Reconoced la villa de Sigsig, siempre alegre, pacífica, risueña, exornada por el trabajo y poblada de honradez, de catolicismo.

Aquellas casitas, asomadas apenas en los picachos, y las otras suspendidas en las verdes laderas, parece que llegan de muy lejos y ahora bajan para saludaros.

Estoy por decir que las cumbres se empujan y cuchichean en su mudo lenguaje para decirse que os reconocen; que sois Taita Obispo Costamagna, el que las trepaba jinete sobre humilde mula, con sombrero y poncho de paisano y semblante muy paterno, semblante de Taita Obispo, derramando cariño, consuelo, bendiciones.

Por allá, por el camino de Gualaceo, y por el opuesto de Gualaquiza, veréis desfilar, Ilmo. Sr., en silenciosas caravanas los mensajes del Oriente. Partirán de pechos misioneros, en peregrinación de tributo filial y en busca de

aliento y reposo a la sombra de vuestro recuerdo: partirán acaso de las tribus salvajes, trayendo misterios de los bosques; tal vez la gratitud, el saludo de algunos jíbaros en monótonas y guturales exclamaciones, homenaje halagador, disparado del desierto cual meteoro desprendido de un cielo tormentoso, mezcla de rayo y de lucero bonancible.

Ved, querido e Ilmo. Sr., todo despierta, se alegra y agita en torno vuestro dándoos la bienvenida.....

Pero no, señores; debo rectificarme nuevamente: no viene Mons. porque ya estaba entre nosotros. Ahora se levanta para que lo veamos mejor. Como cuando subía del reclinatorio al altar y el pueblo alzaba la mirada para contemplar su actitud seráfica en el acatamiento de la Víctima Adorable. A este alto solio, ara de amistad sacrosanta, convergirán las miradas de nuestros corazones y el incienso perenne de la gratitud sigseña.....

Es la hora propicia para brindarle al esclarecido Virario Misionero la flor que hace pocas semanas brotara en el fecundo y ameno jardín de Sígsig: Publiquémoslo con noble orgullo en este momento de íntima fraternidad, de plena familia, momento de recuerdos y esperanzas luminosas.

Acaba de organizarse una Honorable Junta Promotora de Colonización de Gualaquiza.

Poblar aquella región es herir con la vara de Moisés la peña del desierto: el torrente civilizador no se empezará en cañadas y pantanos agrestes; como lavadero dorado se extenderá por el patrio suelo, ensayando el mejor himno de gratitud a los héroes conquistadores, difundiendo las fabulosas riquezas cautivas en sus inexploradas entrañas.

En aquella urna, cubierta de malezas y espinas punzadoras, apenas entreabierta por el denuedo español, sellada con sangre altiva de Quichuas y Shiris, duerme un porvenir risueño para la tierra ecuatoriana.

Josué detuvo el sol con imperioso y bélico mando. Está en vuestro poder, nobilísimos colonizadores, acelerar la marcha del astro civilizador que ha suspendido su aurora en las primeras selvas orientales.

La precitada Junta y sus generosos proyectos realzan considerablemente el justo homenaje que hoy rendimos al inolvidable Prelado misionero.....

Ahí está, enaltecido sobre el pedestal duradero del mármol.

Si le miráis, os bendice y sonríe afable, bondadoso, paternalmente.

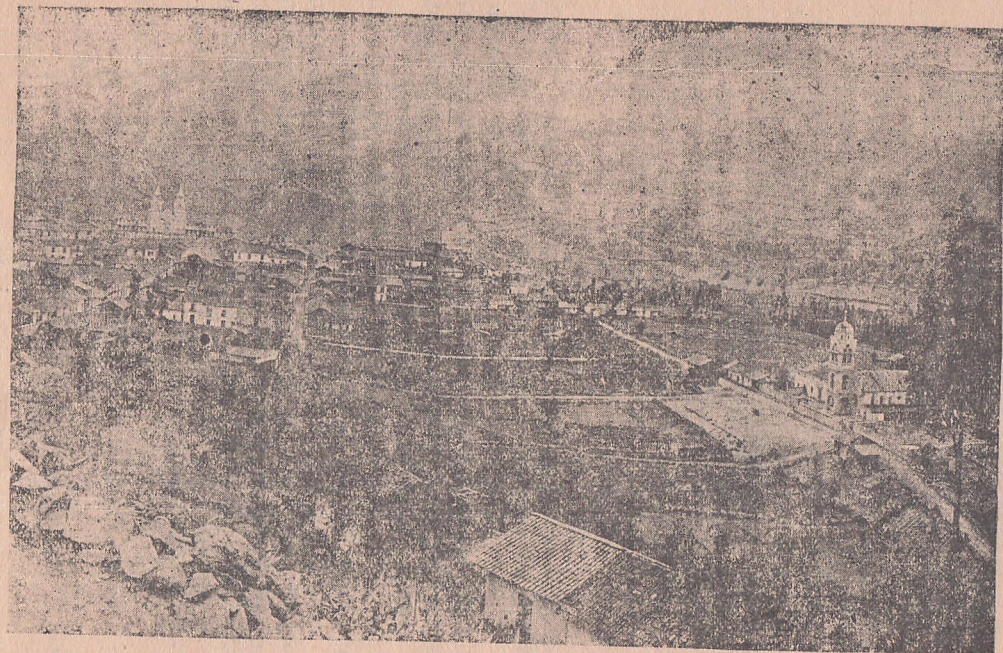
Si le acarician las auras apacibles de vuestro cariño, resonará ese mármol como una lira bien templada, entonando estrofas de vida y trabajo, idilios de tradición sigseña, epopeyas y elegías de montes gigantes, poblados de hermanos a quienes separan cumbres y abismos que sólo puede vencer la omnipotente abnegación cristiana.

Ahí queda, iluminado por el sol de una sonrisa perdurable. Es vuestro. Os pertenece.

Defended esa lápida; honradla, mejor dicho, como alto emblema de fe y patriotismo; como ilustre blasón de progreso; cual emanación espontánea y cariñosa de vuestros nobles corazones.....

Mons. Costamagna, astro encendido en el porvenir del Oriente, vive en la memoria y en el corazón de Sígsig.





Vista panorámica de Sígígy

Tomó la palabra

a nombre de todos los feligreses el muy digno y estimado Rdo. Sr. Cura Párroco, Dr. Manuel Clodoveo Vázquez.

He aquí su hermoso discurso:

Ilmo. Señor, Rvdos. Padres, Señores y Señoras.

Un deber de afecto y gratitud me mueve a dirigiros la palabra en este día que conmemoramos el segundo aniversario de la desaparición del benemérito e ilustre Monseñor Costamagna; tan recomendable por su virtud y tan apreciado por sus obras, dignas de que se perpetúen con el cincel y en mármol, para mostrar a las generaciones venideras y engrandecer la memoria del gran hombre cuya santidad y sus hechos de honor, nos fueron conocidos.

¿Quién no ha admirado la virtud de Monseñor Costamagna?—¿Quién no ha contemplado su constante actividad? El celo de la gloria de Dios dirigía todos sus actos, siendo un dechado de perfección y santidad, inmolábase como víctima de suave y agradable olor en la presencia del Señor, en la observancia de su regla y votos, en la austeridad del recogimiento y en la oración más ferviente y asidua.

Mas no sólo como persona particular, sino también en calidad de Obispo ejerció sus grandes virtudes, particularmente adueñado de la alta misión que el Cielo le confiara, al ser elegido para salvar las almas en nuestras apartadas regiones de Oriente como Obispo y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza.—Con cuánto empeño se dedicó a ejercer su cargo, ya enviando misioneros, ya proveyendo, por todos los medios posibles, de lo necesario para facilitar el

adelanto y eficacia de la Misión Oriental; a fin de reducir a la fe cristiana tantas almas nuevas que se encontraban sentadas en las sombras de la muerte, ayesadas a sus indómitas y perversas costumbres, en esa Región.

No contento con esto Monseñor, personalmente se constituía en esos centros de Misión, cuantas veces tenía oportunidad, y allí era de admirar cómo animaba a sus misioneros, confortándolos con su ejemplo y su abnegación, apropiándose de su ministerio para salvar a los jíbaros, catequizándolos en los rudimentos de la doctrina cristiana y administrándoles los Sacramentos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Mas todavía, para sostener sus misiones de Oriente, estableció en este lugar del Sígsig un noviciado de jóvenes escogidos, que más tarde llenos de ciencia y adornados de virtud y abnegación, se dedicaran a salvar las almas en las tribus salvajes, sacándolos del error y supersticiones a la luz de la fe y al reino de Dios.

Merced a él, este grupo de jóvenes misioneros continúa educándose floreciente en nuestra ciudad de Cuenca, donde fué trasladado por orden de su fundador, cuando la casa destinada para este objeto estuvo con la comunidad necesaria y embellecida, a expensas del mismo fundador que, desde lejanas tierras, enviaba sus cuantiosas limosnas, obtenidas con el sudor de su apostólico ministerio.

Muchos lugares de Europa y de América, especialmente Chile, el Perú, la Argentina y el Ecuador han sido el teatro de su apostólica y patriótica labor. Quién lo creyera! el Sígsig gloríase de haber conservado entre sus habitantes, a este Apóstol providencial, digno de mejores honores. Fué este Santuario y esta casa lugar de su residencia y centro de su celo infatigable, durante su permanencia de cerca de tres años. Más de un lustro ha transcurrido desde su sentida ausencia perdurable de este Cantón, con todo, aún parece que gozamos de su atractiva y jovial persona, aún parece que le vemos, en el Santuario, ofreciendo devotamente la Víctima Santa en el Sacrificio de la Misa y distribuyendo con profusión e infatigable el pan de la palabra divina; en el confesonario, asiduo santificador d.

las almas aún las más humildes; y en su modesta celda, ocupado en engrandecer a Dios, contraído a escribir sus obras de variados temas, ya de mística o ascética, ya de rúbricas sagradas, según le permitían las circunstancias de su infatigable ministerio, a imitación de su santo Patrón San Francisco de Sales, quien se obligó a no perder el tiempo y de santificarlo por medio de las muchas y variadas ocupaciones.

La música sagrada fué uno de sus más preciados trabajos, no por distracción o pasatiempo como solemos traer quizá estas ocupaciones del arte, sino que lo ejerció como un verdadero estudio. Ayudado de su genio especialísimo, cuántas composiciones de música las hizo en este mismo lugar de su residencia, en honor de nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos, engrandeciendo agradablemente el arte musical y remontando el espíritu hacia la felicidad verdadera. No menos admirables resultaron sus entonaciones para el escenario, propias para despertar el espíritu cristiano; a fin de estimularnos sentimentalmente a la práctica del bien y la reforma de costumbres.

Bien podemos concluir diciendo con el Apóstol de la caridad: Se hizo todo para todos, a fin de ganarlos a todos al bien, a la virtud, al amor de Dios nuestro Señor. Por esto, decíamos, a raíz de su sentido fallecimiento: si su desaparición ha sido un duelo para la Iglesia y la benemérita comunidad salesiana, a la que pertenecía, lo ha sido igualmente para los habitantes del Síg sig que deploran la pérdida de uno de sus mejores benefactores. Fresca está su memoria, y cada uno de los moradores de este Cantón recuerda agradecido sus importantes servicios de su celo y abnegación apostólicos, ejercicios sin excepción de personas, teniendo la misma decisión de favorecer al rico como al pobre y humilde del campo; no obstante su edad avanzada, no reparaba distancias ni peligros, acudía solícito al lecho del muribundo a proporcionarle sus consuelos y los auxilios de la Religión.

Síg sig, en lo material, le debe la casa del Noviciado, el Oratorio festivo y el adelanto y conclusión del Santuario de María Auxiliadora que merced a su influjo cons-

tante y sus buenas cantidades de dinero, remitidas del exterior, acompañadas con las importantes limosnas erogadas por las personas del Sigeig, se ostenta, hoy, este bellísimo Santuario con su esbelta torre, monumentos de aite de imperecedero recuerdo para las presentes y futuras generaciones.

La República Argentina tuvo la dicha de participar de los postreros beneficios del Apostolado de Monseñor; y a la misma le ha cabido poseer sus mortales despojos. Justo es, pues, que nosotros engrandezcamos su memoria, recordando con gratitud sus benéficas obras y su decisión por este suelo.

Justo es, pues, que levantemos un monumento al abnegado Obispo que lleno de merecimientos, honró con su presencia nuestro pequeño terruño, manifestando así a las generaciones venideras el afecto y gratitud no sólo de la clase obrera sino del Señorío y de todo un pueblo que supo apreciar verdaderamente a tan ilustre obispo y sus nobles hechos; lo cual debería constar en la lápida conmemorativa que hoy fijamos.

Olvidaba, Señores; Monseñor Costamagna amó a la Comunidad Salesiana de la que fué distinguido miembro; amó igualmente a la de las hijas de María Auxiliadora, fundada por el Vble. Dn. Bosco, y gracias a su eficaz influjo se ha establecido y conservado entre nosotros esta benéfica comunidad de educacionistas, cuyos buenos resultados los estamos visiblemente experimentando.

Una de las últimas palabras de Monseñor, fué su bendición especial para las Hijas de María Auxiliadora, en las personas de algunas religiosas del instituto que se hallaban, en sus postreros momentos, junto a su lecho de agonía.

Nosotros, agradecidos, recojamos sus últimas palabras como su apreciado testamento; y procuremos por todos los medios posibles, que esta comunidad docente, se conserve con la comodidad necesaria en nuestro Cantón, donde la vió floreciente su adicto Obispo. Este pueblo que se precia de levantar un monumento a su ilustre Persona, levante igualmente, un monumento a su corazón, con la perpetuación de

esta su amada Congregación, entre nosotros.

¡Gloria a Monseñor Costamagna! (Q d. D. G)

¡Gloria a su ilustre y digno sucesor Monseñor Comín.

¡Gloria a la Comunidad Salesiana!

Gloria a las hijas de María Auxiliadora!

Sígsig, Setiembre 10 de 1923.

Manuel Clodoveo Vázquez.



En representación

de las autoridades de Sígsig pronunció el
siguiente discurso el dignísimo Sr. Jefe Político,
Don Augusto Tamariz Crespo.

Ilmo. Sr. Obispo, Señoras y Señores.

¡Qué imponentes y significativas las ceremonias en que
ofician los pueblos, al consagrar las preciadas flores de la
inmortalidad a la veneranda memoria de los héroes y de
los sabios, de los Santos y benefactores que han traspues-
to ya la breve linde de la vida y que han dejado perenne
estela de luz al surcar las tormentosas ondas del mar de la
existencia y nos presiden desde allá, desde la inmensa y
estrellada mansión, patria de los buenos, que disfrutaban la
inefable paz del Señor y donde se coronan eternamente las
virtudes que llevaron hasta Dios la cruz de las tribulaciones!

Se cumplen hoy dos años a la muerte del santo Obis-
po misionero Mons. Costamagna, acaecida en la República
Argentina, lejos, muy lejos del glorioso suelo de Italia, sin
que ninguno de los suyos estuviese cerca de su lecho de
muerte y le hubiese cerrado los ojos para el último infi-
nito sueño y lo que es más, sin dar su santa bendición a
los seres queridos, porque tengo para mí que el ilustre
Obispo fué un justo, un varón de Dios, y que algún día
la Iglesia tratará de galardonar sus virtudes y su vida pró-
diga en buenas obras y fecundos sacrificios.

El eximio Señor Costamagna trabajó sin tregua duran-
te toda su existencia en los variadísimos campos de la ac-
ción evangélica hasta que la mitra ciñó su cabeza de armí-

ño, ostentadora de una como nívea floración de los grandes padecimientos y de la intensa lucha que le elevaron a envidiable altura; porque las frentes excelsas, como las grandes cumbres, se coronan siempre de nieves eternas, que pregonan el martirio de la ascensión y la vecindad de Dios.

Cuentan sus biógrafos que frecuentemente solía decir: “en el cielo descansaremos”, cuando alguien le insinuaba al conveniencia del reposo, como medio de reparar su salud. ¡Cuánta fe y abnegación encierra esta frase propia de un santo! ¡En el cielo descansaremos! Sí, en la dulce mansión de la paz; y aquí, sigamos nuestra odisea, procurando hacer el bien sin desmayar en las vicisitudes y dolores propios de la accidentada senda de la vida. Por esto le admirábamos desafiando, diremos así, los peligros del camino a través de las selvas, y avanzando, siempre avanzando con la sonrisa en los labios y un mar de amor y caridad en su corazón tan bondadoso como heroico.

León XIII, el Pontífice sabio vidente, le preconizó obispo al Señor Costamagna el año 1895, confiándole además el Vicariato de Méndez y Gualaquiza, porque bien sabía que allá sólo van los santos y abnegados misioneros; porque allá no tienen vanas suntuosidades la púrpura ni el cayado; pues aquella es librea de mártires y éste, báculo de dolorosas peregrinaciones. Y Monseñor Costamagna cumplió sublimemente su redentora misión: hizo de la falange salesiana hueste invencible, que evangelizó a las tribus de Oriente con celo y constancia ejemplares, y él mismo, repetidas veces, cruzó la áspera floresta, durmiendo sobre el carro del camino. Y es tanta la calamidad de ciertos tiempos y tan menguada la ingratitud de los hombres, que se le cerraron las puertas de nuestra Patria a ese Apóstol y benefactor insigne. Aquel abuso que basta para cubrírnos de baldón y vergüenza, arrancó de mi lira estas humildes notas:

Del otro lado del mar
dejando tu hermoso suelo
viniste a peregrinar,
con santo y ferviente anhelo,
por la selva secular.

Fué tu cabello de armiño
que no se mancha en el cieno;
tu faz risueña de niño;
tu pecho todo cariño,
y tu conciencia de bueno.

Nos trajiste a la montaña
El evangelio en la diestra;
y, Apóstol de la cabaña,
tu santa bondad nos muestra
la pureza de tu entraña.

Y tan sublime pastor
halló cerrada la puerta
de esta patria sin honor,
y se alejó... viendo abierta
la de otra tierra mejor!

El Sr. Costamagna era además buen escritor y notable músico y en ambas artes deja bien documentada su excelente nombradía.

Como Director de almas era insuperable, por su don de gentes y su profundo conocimiento de los hombres y de la moral católica, al propio tiempo que el mismo era el mejor espejo de las virtudes. Podemos decir que casi leía en las conciencias; siendo este otro rasgo distintivo de su genio perspicaz y de la clarividencia de su sabiduría.

En el deseo de dar el mayor realce posible a las misiones azuayas anduvo nuestro llorado Obispo en giras más o menos largas y penosas por casi todos los países sudamericanos, colectando limosnas, que en muy buena parte son la base del progreso actual de las colonias, hasta que en ese noble empeño le sorprendió la muerte en la Gran República del Plata.

Hoy, el Sígsig, poseído de inmenso pesar—porque con este luctuoso aniversario se ha renovado el dolor por la pérdida de aquel magno Obispo—se congrega solícito a presenciar la colocación de la lápida conmemorativa en la antigua y querida casa de Mons. Costamagna, desde donde nos bendijo infinitas veces, y donde él decía: «quisiera vivir y morir aquí, porque soy sigseño de corazón».

Así ha sido, Ilmo. Señor: no estamos sino precariamente separados y vivís en el corazón sigseño, como ayer, cuando fueron nuestros los tesoros de vuestra caridad, y vivís como si aún existierais, coronado con las rosas del cariño y las siemprevivas del recuerdo, más perdurables que las flores que el artista ha grabado en el duro y blanco mármol de esta lápida.

Para concluir, bendigamos al cielo por la especial protección que continúa dispensando a las misiones de nuestra Zona Oriental, por intermedio de los apóstoles salesianos, ángeles tutelares de las tribus que languidecen en la ignorancia, perdidas en la amplitud de los desiertos. Para bien y consuelo de esta progresista sección de la patria, al caer en su ocaso el Sr. Costamagna — sol de virtud y grandeza — ha vuelto a alzarse en nuestro *Oriente* un astro nuevo de intensa claridad, digno sucesor del que esplende ya en el cielo de la patria eterna. Me refiero, señores, al benemérito y prestigioso Sr. Comín, que preside esta ceremonia conmemorativa, y de cuyas altas virtudes y preclaras excelencias obtendremos grandes bienes y el ansiado apogeo de la colonización oriental. Si hemos deshojado las adelfas del recuerdo y el dolor en la tumba del inmortal Sr. Costamagna, alfombremos de palmas triunfales la senda de su ilustre sucesor, procurando ser dignos cooperadores de tan eminente y glorioso Jefe de la gran milicia salesiana.

He dicho.

Augusto Tamariz Crespo.





*Ilmo. y Rvmo. Sr. Domingo Comin, actual Vicario
Apostólico de Méndez y Gualaquiza, quien
se dignó clausurar el acto solemne del día
nueve con su elocuente y
autorizada palabra.*

Los obreros,

que dedicaron la lápida, tuvieron fidelísimo y autorizado intérprete de sus nobles sentimientos en la palabra del distinguido Sr. Dr. Adolfo Corral Jáuregui. (1)

Ilustrísimo Sr. Obispo; Rmos. Sacerdotes; Señoras y Caballeros.

Venimos de honrar la memoria del que fué insigne Misionero Salesiano, Obispo de Colonia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, Monseñor Santiago Costamagna, por medio de suntuosos funerales verificados en este Santuario, lugar, en donde tantas veces le contemplamos arrodillado en éxtasis de amor ante el Dios oculto bajo el velo Eucarístico y la Sagrada Virgen del Venerable Bosco; y en seguida vamos a colocar en el frontis de esta misma Casa Santa una placa grabada con su nombre, a que nos recuerde su permanencia en esta Villa y las obras llevadas a efecto por él en tierra ecuatoriana y para que perdure eternamente su memoria. Ciertó que Monseñor grabó su nombre en el corazón sigseño con el precioso cincel de la sabiduría y que no se borrará jamás; sin embargo, esta significativa ceremonia la llevamos a efecto los habitantes de hoy, para que las generaciones venideras, al fijar su mirada en esta marmórica piedra, recuerden con veneración y gratitud el nombre Ilustre de Monseñor Santiago Costamagna, de este Venerable Sacerdote que si fué grande como Director de las

(1) Presidente de la Junta Promotora de Colonización.

casas en la República Argentina, en donde además fundó misiones, levantó templos, colegios, redactó Revistas católicas, no lo fué menos como Visitador de las Repúblicas de Chile, Ecuador y Bolivia, y mucho más aún desde que fué preconizado Obispo de Armenia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza; pues desde entonces no escatimó medios, ni evitó sacrificios como los de abandonar su floreciente patria, las casas y colegios que él había dirigido y fundado, los halagos de su familia y amigos y se aprestó con una brillante pléyade de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, de elementos de labranza y grandes cantidades de dinero a cruzar los mares y venir a establecerse en su Misión para salvar almas y regenerar la tribu bárbara, únicos ideales que abrigaba su noble pecho y en lo que había soñado con tanto tesón e interés, como el que tuvieron los españoles cuando venían a arrancar el oro de los Incas. Sí, con ese mismo tosonero interés, pero con la diferencia de que en lugar de venir a atesorar para sí, bogaba para estas tierras trayéndonos el aquilatado oro de la fe, de la esperanza y caridad para su agreste grey: la fe para inculcar en esas almas ciegas y supersticiosas el conocimiento del Dios verdadero; el de la esperanza, para hacerles saber que ese mismo magnánimo Señor tiene un cielo para los que acatan sus leyes, y el de la caridad, para ponerles de manifiesto y probarles con su ejemplo que todos somos hermanos y que debemos amarnos los unos a los otros y evitar así esas traiciones y guerras sin nombre aún entre padres e hijos, propias de esos salvajes. Mas, señores, parece increíble pero así sucedió: el gobierno liberal de ese entonces no permitió que Monseñor con su Misión sabia y salvadora, pisara tierra ecuatoriana, a pesar de arreglos habidos anteriormente, y, antes de su llegada se dictó ya el decreto de destierro y prohibición de que entraran. Cuánto dolor causarían estas terribles injurias a ese corazón de Padre y Pastor? Sólo Dios lo sabe! mas, como la misión salvadora de la humanidad, la de ganar almas para el cielo, no tiene límites, Monseñor con su caravana se dirigió a otras ciudades más felices que la nuestra y en ellas estableció sus tiendas. Allí están Panamá, Arequipa, La Paz, Centro América y

otras ciudades en donde promovió fundaciones y otras importantísimas obras, que han inmortalizado su nombre; dichosas ellas y cuán desgraciados nosotros ¡Ah! cuántos males ha causado el liberalismo en nuestra patria, pues sin tomar en cuenta las pérdidas expresadas, la no venida de Monseñor y sus hijos Salesianos hizo que perdimos valientes defensores de nuestro Oriente que cada día se desmiembra, grandes colonizadores de ese mismo territorio y espléndidos civilizadores de nuestros hermanos los indómitos de la tribu jíbara. Os aseguro que si en esa época se permitía la entrada a Monseñor, las poblaciones de nuestro Oriente hubieran estado en la actualidad florecientes y nuestros jíbaros catequizados y convertidos, en útiles ciudadanos. Señores: otro que no hubiera sido Mons. Santiago Costamagna, con la injuria recibida del gobierno liberal habría renegado de nuestra patria, jurado no acordarse de ella y aún la hubiera maldecido; mas el caritativo y manso Obispo, digno discípulo del Crucificado, perdonó los agravios y retornó a buscar ocasión propicia para cumplir con lo que le había encomendado al Santísimo Padre al preconizarle Obispo de Armenia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, y lo consiguió; pero él solo y para pocos días, el año de 1902, que con carácter Episcopal por primera vez nos visitó, teniendo que sufrir vejámenes que es vergonzoso para los ecuatorianos recordar y que causa rubor el referirlo. Luego después se dió modos de volver a su Vicariato y esto pudo realizarlo a los doce años de ausencia, el año de 1914, pero ya pobre, anciano, quebrantado de su salud y sin sus acompañantes de ese entonces; sin embargo, como en su corazón ardía el fuego divino, y éste, si así lo puedo decir, había aumentado de expansión para salvar a las almas, le vemos fundar dos nuevas misiones, la de Santiago de Méndez y la de Indanza, y allí reunirles a sus jíbaros, único rebaño de esos lugares, para catequizarles y hacerles hijos de nuestro Señor Jesucristo. ¡Monseñor, cuántas almas has salvado; bendito seas! Pero no sólo esto hizo, señores, sino mucho más: pues estando entre nosotros de huésped de honor—de lo que nos gloriamos—levantó un tramo de esta casa que sirve de centro a la misión de Gualaquiza, construyó, tanto era su afán, casi perso-

nalmente la hermosa balaustrada que tanto donaire y gracia da a este Templo; y lo que es más reunía en este lugar Sagrado todas las tardes a los habitantes del pueblo, en especial a la clase obrera y les daba preciosas conferencias, unas veces místicas y otras sobre el trabajo y honralez; cuánto ganó con ello esta clase privilegiada para Monseñor! sus obras nos lo están demostrando

Por último en nuestra capital de Provincia, en la noble Atenas ecuatoriana, instaló el trabajo de la arquitectónica casa central de las misiones Azuayas, casa de donde deben salir los nuevos regeneradores del Oriente ecuatoriano. Estos incansables trabajos, las fatigas y los años doblaron al Cedro del Líbano; ya no pudo más y presentó la renuncia de su Vicariato a la Santa Sede, pidiendo aún le concediera seguir de Obispo mendicante para poder continuar favoreciendo sus obras. El Padre Santo accedió a lo solicitado, y desde entonces a este Astro luminoso le contemplamos en una nueva faz, recorriendo las Repúblicas Americanas en busca de dinero para enviar a su dignísimo sucesor a que continúe los trabajos; gracias a ello se ha terminado la casa central y se sostienen las misiones, pues la suma remitida alcanzó a la no despreciada cantidad de \$ 82.000 y cuánto más nos hubiera enviado si la guadaña de la muerte no hubiera cortado esa preciosa vida un día como el de ayer 9 de Setiembre de 1921, en Bernal (Argentina).

Decidme, señores, si podrá ser olvidada la memoria de este abnegado y santo Obispo? lo contestaré a nombre vuestro y al mío; jamás! porque si lo expuesto no fuera suficiente para recordarlo y venerarlo, tenemos la colección de sus preciosas obras místicas que tanto hablan al corazón y enternecen el alma; porque éllas nos hacen admirar y sentir las dulzuras del amor a Jesucristo y a la incomparable Reina de los cristianos, María Auxiliadora; los acordes de su música llenan templos y salones y los arpeggios de su lira nos deleitan.

Antes de separarnos de este lugar de recuerdos indelebles marcando este Sagrado recinto con la lápida que contiene el busto y nombre del que fué Inclito Benefactor sigseño y Pastor Oriental, que la ofrecen a su memoria en

el segundo aniversario de su muerte, todos los habitantes de este pueblo, pero de una manera especial la clase obrera, la que ha sabido mostrar dignamente su gratitud y en nombre de quienes me he honrado dirigiéndoo la palabra, ofrecemos: no sólo conservar su memoria, sino recordar sus excelsas virtudes y procurar imitarlas. Además, unámonos a su preclaro sucesor, Ilustrísimo Monseñor Domingo Comín, para ayudarle en la medida de nuestras fuerzas, a hacerle llevadera la pesada carga de la regeneración oriental. Sres: la Cruz enarbolada por Colón en tierra Americana nos civilizó, que esta misma sea la que levante de su degeneración a la tribu bárbara y se cumplan así los vehementes deseos del Ilustre Pastor actual y del que desde el cielo nos mira complacido.

Adolfo Corral Jáuregui.

